

El juego del revés

Antonio Tabucchi

El juego del revés

Traducción de Carlos Gumpert



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Titulo de la edición original:
Il gioco del rovescio
Il Saggiatore
Milán, 1981

Ilustración: «Donna allo specchio», Cagnaccio di San Pietro, 1927

Primera edición: marzo 1986
Primera edición definitiva, con nueva traducción: noviembre 2016

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© De la traducción, Carlos Gumpert, 2016

© Antonio Tabucchi, 1981

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2001

Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7969-8

Depósito Legal: B. 19949-2016

Printed in Spain

Reinbook serveis gràfics, sl, Passeig Sanllehy, 23
08213 Polinyà

Le puéril revers des choses.

LAUTRÉAMONT

NOTA DEL TRADUCTOR

Esta nueva traducción de *El juego del revés* se basa en la segunda edición italiana (Feltrinelli, Milán, 1988), en la que el autor introdujo algunas correcciones de detalle respecto al texto de la primera, reordenó la disposición de los relatos y añadió como apéndice, bajo el título común de «Otros cuentos (1981-1985)», tres nuevos relatos, de redacción inmediatamente posterior a los del libro, y de clara consonancia anímica con ellos. Estos tres cuentos nunca llegaron a añadirse a la primera traducción española del libro, basado por lo demás en su primera edición italiana, sino que se incorporaron en 1991 a la traducción de *Los volátiles del Beato Angélico*.

La publicación de esta nueva edición española parecía brindar la oportunidad de devolverlos al lugar que les corresponde de no ser porque, entre tanto, Antonio Tabucchi, al preparar en 2005 la edición canónica de todos sus libros de cuentos publicados hasta entonces (*Racconti*, Feltrinelli, Milán, 2005), decidió eliminar uno de los tres, «Una jornada en Olimpia», conservando, eso sí, los otros dos bajo el epígrafe de «Dos relatos sin domicilio fijo».

Con el afán de respetar al máximo la voluntad del autor, se ha optado aquí también por excluir aquel que ya no le satisfacía, pero acaso para respetar la tríada original se ha decidido incluir en su lugar otro relato, «Fuegos artificiales», rigurosamente inédito en castellano y en cualquier otro idioma, publicado en italiano en edición limitada en 1986, en la creencia de que los lectores agradecerán este *bonus track* que con los cuentos aquí reunidos comparte, si bien en clave algo más liviana, la misma llamada de «la otra cara de la moneda, la otra mitad del mundo, la cara oculta de la luna».

CARLOS GUMPERT

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN ITALIANA (1988)

En esta nueva edición de *El juego del revés* quiero limitarme a anteponer una nota que contenga sólo escuetos datos de carácter informativo. El relato que da título al libro, y cuyo espíritu modela todos los demás con una visión análoga de las cosas, fue el primero que concebí, y lo escribí en el verano de 1978. El último, que no es tal sin embargo en el orden del índice, es «El pequeño Gatsby», que fue escrito en el verano de 1981. Entre estas dos fechas en las que este libro llegó a ser, discurrió también mi vida de entonces. Por más que aún no haya sido capaz de comprender cuál es el nexo que une la vida que vivimos y los libros que escribimos, no puedo negar que el primer relato conserva cierto reflejo de autobiografía. «Teatro», «Paraíso Celeste» y «Voces» son, en cambio, relatos que me fueron contados. Mía es la forma de relatarlos, que hace que esos relatos sean éstos y no otros. Por último, otros relatos nacieron espontáneamente en mi interior sin ninguna relación aparente con lo que conocía o había vivido. Pero todos, tanto los unos como los otros, están unidos a un descubrimiento: el haberme dado cuenta un día, a causa de las imprevisibles circunstancias de la vida, de que determinada

cosa que era «así», era sin embargo también de otra forma. Fue un descubrimiento que me turbó. En rigor, este libro ha sido dictado por el asombro. Aunque decir por el miedo acaso resultara más exacto. El respeto que debemos al miedo me impide creer que la ilusión de domesticarlo con la escritura pueda sofocar la conciencia, en lo profundo del alma, de que a la menor ocasión nos morderá, como es propio de su naturaleza.

Sólo me queda añadir que *El juego del revés* fue publicado por primera vez en 1981 en la colección «Le Silerchie», de la editorial Il Saggiatore, por deseo de mi amigo Vittorio Sereni, cuya memoria me es cara.

A. T.

El juego del revés

EL JUEGO DEL REVÉS

1

Cuando Maria do Carmo Meneses de Sequeira murió, yo estaba mirando *Las Meninas* de Velázquez en el Museo del Prado. Era un mediodía de julio y yo no sabía que ella se estaba muriendo. Me demoré contemplando el cuadro hasta las doce y cuarto, después me alejé lentamente procurando transportar en mi memoria la expresión de la figura del fondo, recuerdo que pensé en las palabras de Maria do Carmo: la clave del cuadro está en la figura del fondo, es un juego del revés; crucé los jardines y cogí un autobús hasta la Puerta del Sol, comí en el hotel, un gazpacho bien frío y fruta, y fui a acostarme para engañar el bochorno meridiano en la penumbra de mi habitación. Me despertó el teléfono a eso de las cinco, o tal vez no me despertó, me hallaba en un extraño duermevela, fuera zumbaba el tráfico de la ciudad y en la habitación zumbaba el aparato de aire acondicionado, que en mi conciencia era en cambio el motor de un pequeño remolcador azul que cruzaba el estuario del Tajo al atardecer, mientras Maria do Carmo y yo lo observábamos. Una llamada de Lisboa, me dijo la voz de la telefonista, después oí la pequeña descarga eléctrica del conmutador y una voz masculina, neu-

tra y grave, me preguntó mi nombre y luego dijo: soy Nuno Meneses de Sequeira, Maria do Carmo ha muerto a mediodía, el entierro será mañana a las cinco de la tarde, le llamo por su expresa voluntad. El teléfono hizo clic y yo dije oiga, oiga. Han colgado, señor, dijo la telefonista, la comunicación se ha interrumpido. Cogí el Lusitania Expres de medianoche. Tan sólo llevaba conmigo una pequeña maleta con lo estrictamente necesario y rogué al encargado que me dejara reservada la habitación durante dos días. La estación, a aquellas horas, estaba casi desierta. No había reservado litera y el jefe del tren me asignó un compartimento al final del convoy, donde había otro pasajero, un hombre corpulento que roncaba. Me preparé con resignación para una noche de insomnio, pero, en contra de lo previsto, hasta los alrededores de Talavera de la Reina dormí profundamente. Luego permanecí acostado, inmóvil y despierto, mirando por la ventanilla oscura el oscuro desierto de Extremadura. Tenía muchas horas para pensar en Maria do Carmo.

2

La Saudade, decía Maria do Carmo, no es una palabra, es una categoría del espíritu, sólo los portugueses son capaces de sentirla, porque poseen esa palabra para decir que la tienen, lo dijo un gran poeta. Y entonces empezaba a hablarme de Fernando Pessoa. Yo iba a buscarla a su casa de Rua das Chagas hacia las seis de la tarde, ella me esperaba detrás de la ventana, cuando me veía aparecer por Largo Camões abría el pesado portalón y bajábamos hacia el puerto deambulando por Rua dos Fanqueiros y Rua dos Douradores, sigamos un itinerario fernandino,

decía ella, éstos eran los lugares predilectos de Bernardo Soares, contable auxiliar en la ciudad de Lisboa, semiheterónimo por definición, era aquí donde ideaba su metafísica, en estos locales de barberos. A esas horas, la Baixa estaba atestada de gente presurosa y vocinglera, las oficinas de las compañías de navegación y de las empresas comerciales echaban el cierre, en las paradas de los tranvías se formaban largas colas, se oían los gritos con los que los limpiabotas y los vendedores callejeros de periódicos intentaban atraer la atención. Nos adentrábamos en el ajetreo de Rua da Prata, cruzábamos Rua da Conceição y bajábamos hacia Terreiro do Paço, blanco y melancólico, donde los primeros transbordadores, atestados de gente que volvía a su casa, zarpaban hacia la otra orilla del Tajo. Ésta es ya una zona de Álvaro de Campos, decía Maria do Carmo, en pocas calles hemos pasado de un heterónimo a otro.

A esas horas, la luz de Lisboa era blanca hacia el estuario y rosada sobre las colinas, los edificios dieciochescos parecían una oleografía y el Tajo estaba surcado por una infinidad de embarcaciones. Avanzábamos hacia los primeros muelles, esos muelles a los que Álvaro de Campos iba a esperar a nadie, como decía Maria do Carmo, y ella recitaba algunos versos de la «Oda marítima», el pasaje en que el pequeño paquebote dibuja su silueta en el horizonte y Campos siente un volante que empieza a rodar dentro de su pecho. El crepúsculo estaba cayendo sobre la ciudad, se encendían las primeras luces, el Tajo relucía con reflejos tornasolados, en los ojos de Maria do Carmo brillaba una gran melancolía. Tal vez seas demasiado joven para entenderlo, a tu edad yo no lo habría entendido, nunca me hubiera imaginado que la vida era como un juego al que jugaba en mi infancia de Buenos Aires. Pessoa es un genio porque supo comprender el otro lado de las co-

sas, de lo real y de lo imaginado, su poesía es un *juego del revés*.*

3

El tren estaba parado, por la ventanilla se veían las luces de la pequeña localidad fronteriza, mi compañero de viaje tenía el rostro sorprendido y descompuesto de quien acaba de despertarse de repente a causa de la luz, el policia hojeó atentamente mi pasaporte, viene a menudo a nuestro país, dijo, ¿qué hay por aquí que tanto le interesa? La poesía barroca, contesté. ¿Cómo dice?, murmuró. Una señora, dije yo, una señora con un nombre un poco raro, Violante do Céu. ¿Muy guapa?, preguntó él con malicia. Supongo, dije yo, murió hace tres siglos y vivió siempre en un convento, era monja. Él meneó la cabeza y se atusó el bigote con aire socarrón, me puso el visado y me tendió el pasaporte. Los italianos siempre tan bromistas, dijo, ¿le gusta Totó? Muchísimo, dije yo, ¿y a usted? He visto todas sus películas, dijo él, me gusta más que Alberto Sordi.

El nuestro era el último compartimento que quedaba por controlar. La puerta se cerró con un golpe seco. Al cabo de unos segundos alguien hizo oscilar un farol en el andén y el tren se puso en marcha. Las luces se apagaron de nuevo, quedó tan sólo una bombilla azulada, era noche cerrada, estaba entrando en Portugal como tantas otras veces en mi vida, Maria do Carmo había muerto, notaba una sensación extraña, como si estuviese contemplando desde lo alto a otro yo mismo que en una noche de julio,

* En español en el original, al igual que otros términos que aparecerán señalados en cursiva en el resto del relato. (*N. del T.*)

dentro de un compartimento de un tren casi a oscuras, estuviera entrando en un país extranjero para ir a ver a una mujer a la que conocía bien y que había muerto. Era una sensación desconocida hasta entonces y se me ocurrió pensar que tenía algo que ver con el revés.

4

El juego consistía en lo siguiente, decía Maria do Carmo, nos poníamos en círculo, cuatro o cinco niños, lo echábamos a pito pito gorgorito y a quien le tocaba se ponía en el centro, escogía a quien quisiera y le lanzaba una palabra, una cualquiera, por ejemplo *mariposa*, y éste debía pronunciarla enseguida al revés, pero sin pensárselo, porque el otro contaba uno dos tres cuatro cinco, y al llegar a cinco ya había ganado, pero si conseguías decir a tiempo *asopiram*, entonces eras tú el rey del juego, te colocabas en el centro del corro y lanzabas tu palabra a quien tú quisieras.

Mientras subíamos hacia la ciudad, Maria do Carmo me contaba su infancia bonaerense de hija de exiliados, me imaginaba un patio de arrabal repleto de niños, fiestas melancólicas y pobres, estaba lleno de italianos, decía, mi padre tenía un viejo gramófono de bocina, se había traído de Portugal algunos discos de fados, era el treinta y nueve, la radio decía que los franquistas habían tomado Madrid, él lloraba y ponía sus discos, es así como lo recuerdo en sus últimos meses, sentado en un sillón en pijama mientras lloraba en silencio escuchando los fados de Hilário y de Tomás Alcaide, yo me iba corriendo al patio a jugar al *juego del revés*.

Se había hecho de noche. Terreiro do Paço estaba casi desierto, el caballero de bronce, verde por el salitre, pare-

cía absurdo, vámonos a comer algo a Alfama, decía Maria do Carmo, arroz de cabidela, por ejemplo, es un plato sefardí, los judíos no retorcían el cuello a las gallinas, les cortaban la cabeza y cocían el arroz con la sangre, conozco una taberna donde lo hacen como en ningún sitio, en cinco minutos estaremos allí. Pasaba, lento y traqueteando, un tranvía amarillo repleto de rostros cansados. Sé en lo que estás pensando, decía ella, por qué me he casado con mi marido, por qué vivo en esa casona absurda, por qué estoy aquí jugando a las condesas, cuando él llegó a Buenos Aires era un oficial elegante y amable, yo era una chiquilla melancólica y pobre, ya no podía soportar la vista de aquel patio desde mi ventana, y él me sacó de aquella vida grisácea, de una casa con lámparas de escasas velas y la radio encendida a la hora de la cena, no puedo dejarle, a pesar de todo, no puedo olvidar.

5

Mi compañero de viaje me preguntó si podía tener el placer de invitarme a tomar un café. Era un español ceremonioso y jovial que cubría con frecuencia ese trayecto. En el vagón restaurante conversamos afablemente, intercambiando impresiones pormenorizadas y formales, llenas de lugares comunes. Los portugueses tienen un buen café, dijo, pero no parece que les sirva de mucho, hay que ver lo melancólicos que son, les falta *salero*, ¿no cree usted? Le dije que tal vez lo hubieran sustituido con la saudade, él se mostró de acuerdo, pero prefería el *salero*. Vida no hay más que una, dijo, hay que saber vivirla, señor mío. No quise preguntarle cómo lo hacía en su caso, y hablamos de otra cosa, de deportes creo, a él le encantaba el esquí, la

montaña, y desde este punto de vista en Portugal no había absolutamente nada que hacer. Objeté que también allí había montañas, oh, sí, la Serra da Estrela, exclamó, un simulacro de montaña, para llegar hasta los dos mil metros han tenido que plantar una antena. Es un país marítimo, dije yo, un país de gente que se lanzó al océano, que ha dado al mundo locos decorosos y corteses, esclavistas y poetas enfermos de lontananzas. A propósito, preguntó, ¿cómo se llamaba esa poetisa que ha mencionado esta noche? Soror Violante do Céu, dije, en español también tendría un nombre espléndido, Madre Violante del Cielo, es una gran poetisa barroca, se pasó la vida sublimando su deseo por un mundo al que había renunciado. No será mejor que Góngora, preguntó con cierto aire de preocupación. Distinta, dije yo, con menos *salero* y más *saudade*, naturalmente.

6

El arroz de cabidela tenía un sabor refinadísimo y un aspecto repugnante, nos lo sirvieron en una enorme fuente de barro con una cuchara de madera, la sangre y el vino hervidos formaban una salsa espesa y parda, las mesas eran de mármol, entre una hilera de barriles y una barra de cinc dominada por la corpulencia del señor Tavares, a medianoche aparecía un cantante de fados de aspecto macilento acompañado por un viejecito con una viola y por un atildado señor con una guitarra, cantaba antiguos fados mortecinos y lánguidos, el señor Tavares apagaba las luces y encendía las velas sobre las repisas, los clientes de paso ya se habían marchado, sólo quedaban los más asiduos, el local se llenaba de humo, con cada final había un aplauso